

convertirnos en bibliotecas ambulantes. Debemos hacer un acto de voluntad para pasar del saber a la acción, pues es un deber al que no podemos ni debemos permanecer ajenos. A ella estamos todos obligados, cada quién, cuándo, dónde y cómo le dicte su recta conciencia. Acción que no será eficaz sin un estudio previo, ya que la idea debe preceder al acto —operatio sequitur esse—, y el pensamiento al hecho. En este estudio y difusión de la Verdad, de la única verdadera doctrina, hemos encontrado nuestra vocación.

Porque somos católicos, porque tenemos fe en un Único Dios, Creador y Señor del cielo y de la tierra, y porque tenemos confianza en Nuestra Madre, la Virgen Santísima a la que cuidaba San Fernando de llevar siempre en el arzón de su caballo cada vez que emprendía alguna de sus conquistas—, sabemos que nuestra tarea culminará con la victoria.

Y porque tenemos esperanza no nos dejaremos ganar por el desaliento que nace del olvido, de la única razón que debe presidir todo nuestro obrar: la Gloria de Dios, la Salvación de las almas y nuestra propia satisfacción.

DISCURSO DE JUAN CARLOS GARCIA DE POLAVIEJA

Amigos de la Ciudad Católica:

El nombre por el que ha querido designarse nuestro combate intelectual lleva, ya, implícito en las dos palabras que lo conforman, todo lo más nuclear del problema que ha originado la crítica situación de las sociedades contemporáneas, e indirectamente forzado nuestra presencia en la batalla trascendente de las ideas.

«La Ciudad Católica»...

Con la asunción de tal título hemos querido —creo—, poner en el frontispicio de este afán cultural —no con intención de desafío, sino como testimonio obligado de un dogma social de valor universal—, el enunciado breve de esa convicción inalterable por la que creemos que, puesto que Dios existe no como una posibilidad lejana sino con la certeza y potencia de quien es EL SEÑOR, a él se deben todo poder y toda gloria, tanto en el universo material como en el inaprensible.

El enunciado de esa convicción por la que creemos que, habiéndonos enseñado el mismo Dios la forma correcta de orar, responde a la verdadera naturaleza de las cosas creadas el que lo que pedimos al dirigirnos a nuestro Padre, lo apliquemos en nuestra vida individual y colectiva. Y puesto que solicitamos por encargo del mismo Dios que SE HAGA SU VOLUNTAD ASI EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO, debemos poner en práctica su voluntad en todas las dimensiones de la vida, de las cuales no puede de ninguna forma quedar excluida la Ciudad, que no es, en definitiva, otra cosa que la proyección del conjunto de nuestras vidas individuales.

O Dios es el Señor, o no lo es.

Y puesto que —lo creemos y lo sabemos— lo es, no hay razón humana ninguna que justifique el desprecio de su voluntad en las leyes que arbitran el funcionamiento de la Ciudad.

No hay razón humana ninguna que justifique ese desprecio hacia la voluntad del Señor que, nos guste o no, se ha convertido, tras un

largo proceso de regresión en el camino de la civilización, en la norma habitual de la organización de las sociedades que se tienen por avanzadas.

¿Qué ha pasado en la ciudad temporal?

Todo el edificio cristiano, construido trabajosamente en una labor de siglos ha sido devastado hasta los cimientos por un cáncer interno —que no es otra cosa que la Revolución— hasta sumir a la sociedad en la misma situación de indefensión, y yo diría de barbarie, en que se encontró en aquel funesto siglo V de las invasiones. Con el agravante de que entonces la desolación provenía de un enemigo exterior, bárbaro pero noble y acuciado a la invasión por la necesidad, y hoy la ceremonia destructiva se nutre en nuestro propio seno y la conducen sicarios renegados de la Civilización Cristiana y apóstatas cínicos de las virtudes que hicieron a la Ciudad lugar de delicias en otro tiempo.

Desde el siglo XV hasta nuestros días, la humanidad no ha hecho otra cosa que retroceder, dando la espalda al verdadero rumbo del progreso. Los logros positivos han sido las excepciones y no la regla. Ni en la filosofía, ni en la moral, ni en la estética, ni en las artes, se ha querido aprovechar la base firmísima que —de cara a un futuro de perfección— brindaban los emocionantes logros medievales. Y la desembocada carrera de las ciencias físico-técnicas y utilitarias, con cuyos éxitos aparentes o reales se quería justificar la ruptura de todo sentido jerárquico de valores, ha desembocado en una amenaza sin precedentes que se cierne como una pesadilla sobre nuestra generación, la única de la historia que tiene noventa posibilidades sobre cien de convertir al planeta en una estepa calcinada o en un infierno radioactivo donde los supervivientes, si los hubiere, habrán finalizado la carrera de hipocresías que comenzaron los maquiavelos, los luteros, los bodinos y los voltaires, con un retorno rápido al paleolítico.

El análisis puramente humano, racional, arroja —evidentemente— unos resultados que no permitirían ser optimistas en lo tocante al porvenir de la sociedad moderna. La Iglesia misma, situada por su fundador a salvo de los avatares que ensombrecen el panorama al que se asoman los hombres, pero militante necesariamente en el mismo campo de angustias y de esperanzas, ha hecho del último año litúrgico una apelación suprema al poder específico de la Redención. Y se trata esta vez de una apelación que, por su contenido y por todos sus matices, rezuma la angustia que siente la madre desoída por los peligros inminentes que las convulsiones y la crisis final de la quimera revolucionaria pueden reportar al género humano.

Habría que tener la insensibilidad de una piedra para no entender que los temores de la Iglesia no son por ella misma, sino precisamente por la civilización laica que, al fin y al cabo, está también formada por hombres que pueden salvarse.

La Ciudad temporal ha llegado a un punto en su camino en el que se le han agotado todas las utopías. Presente ante sí una catástrofe irremediable hacia la que la empuja el vértice irresistible de un impulso de siglos. Lo presente tan inminente que ya ni siquiera puede afectarlo. Pero las reacciones que se producen en su seno ya no son coherentes. Nacen de unos planteamientos inmersos en el absurdo. ¿Cabe acaso mayor despropósito que un ecologismo marxista? ¿Cómo reaccionar contra la destrucción de la naturaleza desde un materialismo que implica el más radical negativismo ontológico?

Y el vértigo del absurdo es tan potente que arrastra en su caída incluso a sectores de origen cristiano. ¿Qué grado de irracionalidad han alcanzado esos sectores del clero que se suman al delirio comunista de la «teología de la liberación»? ¿Cómo puede un hombre consagrado al Dios del amor, estando en su sano juicio, aceptar la monstruosidad de una Fe que se realiza en la lucha de clases? ¿Es sólo el error lo que subyace tras esa distorsión demoníaca del evangelio? ¿O existe, además, en el fondo de las mentes un terror movido por el cálculo que supone invencible al coloso rojo? Creo que en esta hora de agonía, hay un poco de todo: irracionalidad consagrada, distorsión de los conceptos fundamentales, optimismos de carácter patológico y, sobre todo, miedo. Un miedo visceral e incontrolado que es hijo del oscurecimiento de la esperanza teológica.

Por nuestra parte, constatamos el hecho ya evidente del fracaso irremediable de la civilización sin Dios, y lo constatamos con una tristeza grande y con una alegría aún mayor. Con gran tristeza porque —aún siendo este fracaso la confirmación rotunda de la justicia de cuantos hemos defendido nosotros y nuestra patria, durante siglos— no podemos evitar la nostalgia por todo un mundo que desaparece, y un cierto temor por las cosas buenas que en él persistían y pueden perecer en los estertores finales de esta sociedad rebelde.

Y una gran alegría porque nuestro análisis, que no es el puramente natural, racional, sino el iluminado por las advertencias evangélicas, SABE que la desaparición de Babilonia es necesaria para la instauración de la nueva Jerusalem. Nada de cuanto ocurre en la Ciudad puede sorprendernos ahora, en la práctica, después de siglos de verlo venir en la teoría.

¿No decía acaso Donoso Cortés —hace más de un siglo— que era una ley histórica demostrable que cada ciclo histórico concluye —hasta ahora— con el triunfo NATURAL del mal sobre el bien, seguido inmediatamente por el triunfo sobrenatural de Dios sobre el mal? Si. Eso decía Donoso Cortés hace más de un siglo. Y a mí —que suscribo por completo su juicio, me maravilla esa previsión viniendo de un hombre que vivió en una época que, sin ser la del glorioso San Fernando cuya memoria celebramos, permitía aún albergar tantas esperanzas de índole natural en comparación con la nuestra.

El reto que nos plantea esta época es, a mi juicio, el de saber afrontarla con una perspectiva sobrenatural. Es a ello a lo que nos convoca el Papa con el ejemplo de una pastoral en la que se transparenta la esperanza con una fuerza heroica. El Papa clama por doquier su convicción de que este período oscuro no puede desembocar más que en algo bueno. El sabe ver, tras el todo del mundo, todos los gérmenes de la redención futura.

¿Cómo no sintonizar con esa esperanza de raíz profundamente teológica?

Evidentemente, si ha habido un tiempo en el que recurrir a la fuerza de las promesas proféticas, no cabe duda que ese tiempo es el nuestro. Son ellas, la palabra que permanece, las que nos darán la fuerza para afrontar el reto, haciéndonos comprender el significado escatológico de nuestro tiempo.

La acción planteada sin base directa en lo divino se muestra cada día más ineficaz. A nosotros, más que a nadie, debe revelárenos la

certeza de que es Dios quien salvará la Ciudad y jue nuestro testimonio obligado sólo será válido en función de su providencia.

La ley práctica de este tiempo puede ser esa certeza: Que ni por la naturaleza de los males presentes, ni por la del bien futuro que esperamos, podemos esperar de nuestra acción humana, natural, la destrucción de esos males ni el logro de ese bien.

Y esto no es una llamada al quietismo, ni a la resignación, sino, como vosotros sabéis bien, una prevención contra ese análisis excesivamente racionalista cuya tentación todos hemos experimentado alguna vez que conduce al pesimismo y a descarga sobre los sufridos hombros de la Iglesia la carga de desesperanza que éste conlleva.

No podemos, de ninguna forma, echar a la Iglesia responsabilidades en el ocaso de esta Ciudad, porque este ocaso tiene eminentemente un carácter escatológico. La Iglesia fue provista por su fundador de unos dones enmarcados en la esfera exclusivamente espiritual. Al menos para el tiempo de estos últimos 2.000 años. Interrogarla a ella sería como interrogar al único que está en posesión de lo escatológico, quien —en su infinita bondad y sabiduría— no quiso dotarla de carácter infalible para las cuestiones temporales, de la misma forma que no quiso llamar en su auxilio legiones de ángeles para que establecieran su realeza antes del fin de estos tiempos.

Pero esa realeza, no lo dudéis, llegará. Nosotros somos, y debemos seguir siendo el testimonio viviente de los derechos de soberanía del Señor sobre la Ciudad. El Señor es Rey de derecho sobre la Ciudad, y lo será de hecho en ella en un día que presentimos muy cercano y por cuya llegada imploramos desde el fondo de nuestros corazones.

¿Cómo dudar que va a retrasarse mucho, en esta hora del odio, la llegada triunfal de ese rey que es todo amor, para quien la realeza ha sido hasta ahora una corona de espinas?

Todos los avatares de la Ciudad, catalogados como buenos o malos por nuestros ojos humanos son, en última instancia, designios del amor de aquel que cuando pudo venir para reinar, quiso venir para morir crucificado. De ese amor que no ha dudado en abrirnos su cuerpo para mostrarnos su fuente misma.

Confiemos hasta la muerte en ese Cristo que nos ha propuesto como soberano su corazón sangrante, en ese padre que ha abierto sus entrañas para mostrar a sus vacilantes hijos el latido tremendo de su Amor.

DISCURSO DE VICENTE MARRERO

Amigos de la Ciudad Católica!

Cuando nuestro común amigo y maestro Juan Vallet tuvo la debilidad de invitarme a dirigiros unas palabras en esta conmemoración anual de nuestro Patrón San Fernando, habiendo entre vosotros quienes podían hacerlo mejor y sobre todo de modo más vibrante que yo, me vino a la mente, como suele suceder en similares situaciones, la socorrida cita de Menéndez Pelayo. Más en concreto, su discurso pronunciado sobre nuestro rey santo en el Tercer Congreso Católico Nacional celebrado en Sevilla, en octubre de 1892. Desde que lo leí por vez primera nunca he podido olvidar lo que en aquella solemne ocasión dijo de la